

El Baluarte

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 7 1/2
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 283.

Sevilla.—Sábado 8 de Diciembre de 1900

AÑO XXIV.

Vuelta á lo mismo

El manifiesto ó circular que dirige la Unión Nacional á sus correligionarios, es un documento más que carece de la valentía en que informó sus primeros actos aquella organización que en sus comienzos parecía que todo lo iba á arrollar y que en brevísimo plazo daría una nueva vida á la Patria.

A vueltas con el presupuesto, lo mismo que el año pasado, ni consigna nada nuevo, ni llama á los requerimientos de energía después del prolongado silencio que se ha impuesto, sin que lo justifique su autor, ni lo explique siquiera.

A esta fuerza social le sucede lo que á los personajes políticos descontados del turno gubernamental y arrojados al arroyo por quien dispensa mercedes y otorga privilegios: que ó no pueden, ó pueden y no quieren; si no pueden, súpense con quien deben sumarse, y aumentarán la fuerza de impulsión; y si pueden y no quieren, retirese por el foro para no perturbar á los que quieten, y para no estorbar la acción de los que siempre estuvieron dispuestos á satisfacer ante todo, sobre todo y por encima de todo, los supremos intereses de la Patria.

Ya nada se consigue con discursos que no hacen mella en nadie, como no sea para precipitar ciertas resoluciones y para abofetear más duramente á los ciudadanos y violar con manifiesto descaro los preceptos constitucionales, precisamente desde el recinto augusto donde toda iniciativa que rebasa los límites de la inmunidad de fuera, de la inviolabilidad, á la que se quiere dar términos tan absolutos para invadir todas las esferas del derecho público y poner por encima de la carta constitucional imperativo veto de imperio y voluntad de fuerza y de poder arbitrario.

Nada valen tampoco los manifiestos, que son expedientes en que no se hace más que repetir lo que se consignó en el atestado cuando apareció el cuerpo del interfecto, sin añadir ninguna prueba, ningún elemento de esclarecimiento, ni consignar las verdaderas circunstancias del hecho, y la calidad de los culpables para quienes no se ha escrito la Ley y contra los que no contiene el derecho preceptos de ejecución.

Desengáñense de una vez esas fuerzas sociales, pocas ó muchas, unidas ó divididas por cuestiones que serán substantivas mañana, pero que de presente son secundarias, que ni les han de escuchar en ciertas regiones, ni el país ha de hacer caso de sus reclamaciones y demandas.

Los mismos hombres y los mismos procedimientos imperan hoy que imperaron cuando la catástrofe, aumentados sus vicios después de aquella hermosa manifestación nacional de Zaragoza; y es que los hombres de turno, los partidos de alternativa, nada pueden ofrecer que sea beneficioso para el país, porque están llamados al cuidado de otros intereses contrarios á los intereses de la patria y á los intereses de la libertad.

Sobran energías para llegar á la boda de alta conveniencia vaticanista; faltaron iniciativas para empujar al Gobierno á las soluciones de la Unión Nacional, y sobró arrogancia para suscribir unos presupuestos que son la consolidación del desastre financiero de España, arrojada á la sima por Villaverde.

Á la censura se responde con la excomunión, á la crítica con el oprobio, y réprobos son todos los que sumisos no se prosternan.

Lo mismo los políticos que los de la Unión, si quieren trabajar por la causa de España, vuelvan con valentía la espalda al régimen y desafíen sus iras mirando al porvenir; y proclamando otras instituciones, únanse en lazo estrecho á los convencidos de siempre.

A. A.

Murmuraciones

Ya ha comenzado á hablar en el Congreso el Sr. D. Germán Gamazo, jefe de... su familia y amigos.

Y ha comenzado por decir que el Sr. Silvela es un grandísimo patriota.

—¿Cómo me busco las simpatías de la opinión?—se preguntó á sí mismo el Sr. Gamazo. Y enseguida se contestó:

—Alabando y ensalzando á Silvela, que es el que tiene la sartén por el mango.

Y dicho y hecho: dió la campanada.

Si este grande hombre tuviera que buscarse la vida por simpatías, se moriría de hambre.

¡Qué notabilidad más antipática!

El *Porvenir* Navarro, semanario que se publicaba en Pamplona, ha sido excomulgado por el arzobispo de dicha ciudad.

Y con tal motivo, el gobernador de aquella provincia—por temor á que se altere el orden público—ha suspendido la publicación de dicho periódico.

Y se me ocurre preguntar:

—¿Por qué nos enfadamos cuando se levantan partidas carlistas? ¿Acaso íbamos á estar peor si reinara D. Carlos?

¡Qué trazas se está dando esta gente, que nos van á hacer simpático al héroe de Oroquieta!

Recomiendo á mis lectores que lean la prensa sevillana de hoy.

¡Dan ganas de irse al cielo volando!

La Inmaculada Concepción.

La Concepción Inmaculada.

Luzbel vencido.

Maria Inmaculada.

La Patrona de la Infantería. La que le ayudó á vencer á los yanquis, porque, si no hubiera sido por ella, nos quitaban la Habana, Puerto-Rico y Filipinas.

¡Viva la Pura y Limpia!

Etc., etc.

Después que lean ustedes la prensa, hagan el favor de pasarse por las parroquias á preguntar cuantos periodistas han ido á ellas á oír misa, y á confesar y comulgar.

Y cuando se enteren que ninguno se acuerda de la Purísima más que para darla coba desde las columnas de sus periódicos, dirán lo que digo yo:

—¡Qué gente más vital!

Pero... es lo que dicen los gacetilleros:

—¡La prensa, palanca del progreso y vehículo de la civilización...!

Y vayan ustedes á quitarle eso de la cabeza, y á decirles:

—¡La prensa... palanca de la vil adulación y vehículo de los garbanzos!...

El señor Sánchez de Toca,

ha dicho á los diputados por Sevilla, que él se tiene tiempo por sevillano...

Mañana irán los gallegos á pedirle algún encargo,

y dirá Sánchez de Toca:

—¡Yo soy un gallego nato!

y así sucesivamente irá á todos contestando.

Los ministros, cual los cómicos,

que van de uno á otro lado, donde quiera que lo aplaudeo se hacen hijos honorarios,

y hacen mil demostraciones de zalemas y de halagos,

y después... ¡se van á casa con la ropa y con los cuartos,

y si te ví no me acuerdol!

¡A seguir comiqueandol!

El *Heraldo* de Madrid arremete contra la familia del novio de la princesa, diciendo que toda ella es una familia de tiranos.

Y el *Pais*, que las caza al vuelo, le contesta:

«Pero dejándonos de lo que llama el *Heraldo* influencias malélicas y funestas, y sin hacer caso de *jettaturas* y hechicerías, lo cierto es que no comprendemos á estos monárquicos que odian en Nápoles lo que aman, si es que lo aman, en España. Mala familia es esa de los Borbones de Nápoles. Convenido. Pero no olvide el *Heraldo* la historia de los Borbones de España, hasta la muerte de Fernando VII.»

Eso es dar en el clavo.

Y por si acaso no entraba bien, remacha del modo siguiente:

«Medianojo rey fué el melancólico Fernando VI; bueno, muy bueno, Carlos III, el que expulsó á los jesuitas é hizo mucho y bueno en lo que hoy se llama obras públicas y política hidráulica. Dejamos también á un lado al primer Borbón y á su hijo D. Luís; pero díganos el *Heraldo* si entre los Borbones de Nápoles hay un rey tan manso como Carlos IV, una reina como María Luisa en lo liviana y un monstruo de crueldad, perfidia, traición, bajeza, lujuria y egoísmo como Fernando VII, que hasta deshonor al dictorio de tirano.

Muchas crueldades cometieron Fernando II y Francisco II en Nápoles; pero les excedió con

mucho el terror blanco que bajo el Deseado gozó España desde el año 23 hasta la total putrefacción de aquel rey, que vivió unos años corrompiéndose en su propia sustancia.

No hay tampoco en Nápoles un rey tan imbécil, fanático y frailuno, como aquel Carlos V, que sostuvo la primera guerra civil.

Desengáñese el *Heraldo*; si malos Borbones ha tenido Nápoles, malos y aun peores los ha padecido España.»

Y el *Heraldo* los ha aguantado y les ha servido con la mayor pulcritud y aseó.

Y no es lo malo que les haya servido, sino que les servirá con mucho gusto.

Precisamente el patrono del *Heraldo* (Canales) está ahora como las casas desalquiladas. Con el papelito de—*Se arrienda*—*En el Heraldito dan razón*.

Un colega catalán, acérrimo enemigo del parlamentarismo, escribe al final de uno de sus artículos de crítica:

«Quizá la única solución sería que mientras los parlamentarios hablaban de la boda, discutiérase el país la forma de divorciarse de ellos en absoluto y... sin pasarles pensión para alimentos.»

¿Y á quién le vamos á entregar las riendas del Estado?

¡Al arriero Morgades, para que nos haga hablar en catalán á la fuerza!

—El Gobierno huele á cirio—dijo un señor diputado.

Y yo digo:—*Huele á cirio, pero el cirio está apagado.*

Dicese que antes de que estallara la guerra de los Estados Unidos, la Gran Bretaña llevó sus pretensiones hasta el punto de pedir á España la cesión de Ceuta, las Baleares, una ría de Galicia y la ampliación del campo de Gibraltar, ofreciendo, en cambio, compensaciones.

Añádese que el gobierno español rechazó con energía semejantes pretensiones.

Diciéndole, por ejemplo:

—Lugar tienen ustedes de tomarlas, de cogérlas ó de robarlas, como han hecho los yanquis. ¿A qué nos vamos á adelantar á los acontecimientos?

¡Si ellos tienen que venir!

Haya paciencia.

Gac-tilla modelo que publica hoy mi querido colega *El Porvenir*:

«En la madrugada última pa'ó detenido á la prevención civil un individuo embriagado que en la calle Sierpes arrojó al inspector de policía, Sr. Montero, una piedra de respetables dimensiones.»

Si le da al Sr. Montero, hubiera dicho el colega: «causándole un respetable chichón á tan respetable funcionario. Afortunadamente se le aplicó enseguida un respetable parche con árnica respetable, y la respetabilidad del respetable Sr. Montero no ha padecido detrimento respetable en su virginal cabeza.»

Telegrama que dirigen desde Bilbao:

«Han sido embarcados, con destino á El Ferrol, doce cañones Nordenfelt.

Van también sus correspondientes montajes.»

Que no se olvide nada.

Para que, cuando se los lleven los ingleses, no digan que somos unos descuidados.

CARRASQUILLA.

La venta de España

Se va á deshacer el pabellón español de la Exposición de París. No pudimos lucir en él nuestras industrias y adelantos, pero exhibimos toreros y cantantes flamencos... ¡Triste destino el nuestro!

Por donde quiera que vamos va el escándalo y la risa con nosotros. Para el extranjero somos un país de boleros, de *toradores* y de trabucaires.

Cuando tenemos ocasión de exhibirnos más allá de los Pirineos, presentamos como emblema nacional la fiesta de toros... Yo recuerdo una fecha triste, aquella en que se vendió en subasta la plaza de Toros de la calle de Pergolesse de París... Asistí al espectáculo denigrante... Aquella plaza fué comprada por varios duques y condes españoles; tronó á poco, se vendió por

cuatro cuartos... Era un día gris, triste. Cuando entramos en la plaza los subastadores voceaban el precio de nuestros prestigios nacionales... Miramos...

Revueltos y apilados en la arena, como campamento en que hubiese entrado á saco el enemigo, estaba cuanto de lujoso, de español, de alegre y de característico conserva nuestra España.

Entre unas decoraciones medio rotas aparecía un despintado coche amarillo y rojo; era la carroza de nuestros nobles, la que pudiera ostentar en la portezuela, entre sutiles labores y arabescos, los escudos gloriosos arrancados por sus abuelos (que pocas veces hicieron de empresarios), uno á uno sobre los campos de batalla. Ese coche que, arrastrado por andaluces caballos, todo galas, moños, atalajes y alamares moriscos, brillando al sol y orgulloso con sus penachos rojos y amarillos, sus bronces dorados y sus lacayos, sostenidos por borlones de seda y ocultos bajo enormes tricorpios, era gala de nuestras fiestas, de las bodas de reyes y de files de caballeros en plaza, empolvado y cojeando por las ruedas se presentaba como rojo de vergüenza.

Un poco más allá relucía un montón de estoches, espadas de Bernardo, que ni pinchan ni cortan; llenas de sucio orín, se confundían con las descoloridas banderillas. Por encima, colgadas de la maroma del tendido, manchadas y desteñidas, llenas de lamparones de sangre, grasa y mugre, estaban las cintas de rasos, de las moñas. Las divisas de Veragua, Miura, Saltillo y Benjumea; las enseñas nacionales que lucieron en las plazas españolas sobre el morrillo de feroces bestias, de jarameños y andaluces toros; despojos sangrientos que venían á morir á París, mostrando sus colores marchitos, sus tonos azules, rojos ó blancos...

Hacia el centro de la arena relucían chaquetillas de toreros al lado de medias de seda de un color de carne anémico y flojo, de montañas zurcidas ó calvas, de coletas postizas de viejo *crepe*, borlas, zapatos, fajas, paveros de garrochistas y sombreros de copa abollados que coronaban el informe montón como haciendo una mueca.

Más lejos, sobre unas tablas, docenas de cencerros cubiertos de polvo; junto al adminículo de los *mansos* bolsas de cueros, picas, vendas, sillas de picadores forradas de deslustrado terciopelo, que cabalgaban sobre atriles de madera como caricaturesco escuadrón. Montones, en fin, de andaluces estribos, de espuelas vaqueras, de alamares y lentejuelas que brillaban debilmente, como avergonzadas, entre lienzos, toldos, telas de colorines, carteles viejos, capas sangrientas, muletas pringadas de cuajarones y de babas, puntillas, herraduras, objetos informes, seres anónimos que toda catástrofe arroja á la playa.

Contemplando aquellos miserables objetos, recordaba la historia de su venta, la de la ruina, la del descrédito de España...

Un día llegaron á París, allá hacia el año 1889, varios ilustres españoles portadores de gran capital y determinaron construir una inmensa plaza de toros. El negocio era seguro; colosales las ganancias. París quería lo raro, lo exótico, para llamar al mundo y asombrarle con la Exposición Universal. En un lado de ella bailarían las danzarinas javanasas: Buffalo Bill cazaría salvajemente las reses más allá; las bayaderas indias se retorcerían como lagartos sobre un tablado... España, que no pudo presentar con brillantez los tesoros de su arte y las riquezas de su industria, enviaría como embajadores á *Lagartijo* y á *Frasuelo*, á las *Macarronas* y á *Juan Brea*. ¿Para qué más? ¡Sangre y baile flamenco!

Y los empresarios españoles, nobles y personajes algunos de ellos, como el duque de Veragua, no tuvieron reparo en concurrir al certámen universal con la navaja en la liga y el *calañé* en la cabeza. Duques, condes y marqueses, llevarían á París la leyenda eterna del español de pandereta ó de cromo de caja de pasas malagueña.

Hubo entonces quien protestó, como mi queridísimo amigo Eusebio Blasco; pero no se le hizo caso.

Alquiláronse vastos terrenos y fué levantada

la plaza en la calle de Porgolette, en lo más lindo y aristocrático de París. ¡Qué plazal!

El Coliseo de Roma quedaba chiquito a su lado. El redondel, vastísimo, desierto de arena, fué circundado de alta valla, que sostenía incabables filas de tendidos, y éstos a su vez otra de palcos, en los que se apoyaban galerías y cornisas de hierro, cristal y piedra.

Encasquetóse, por fin, como gigantesco sombrero una cúpula de cristales. Los corrales que se construyeron eran verdaderos palacios, con fuentes, árboles y bancos de piedra; un establo de invierno, iluminado con luz eléctrica y caloríferos: las otras dependencias venían en lujo a cuanto en España existe por lo que respecta a toros.

De éstos fueron a París rebaños enteros: Colmenar y Andalucía enviaron sus más respetables bestias, que eran contempladas por los parisienses como el famoso león de *Don Quijote*. Y en cuanto a toreros, nuestros más acreditados diestros, vestidos de oro y rasos y ceceando la lengua gitana, paseáronse por París «despreciando a todos los extranjeros», según decía con desdén Curro Cúchares, que era en Francia el más extranjero de todos.

La inauguración fué solemne. Toda nuestra España árabe y soñadora, deslumbrante y chillona, los trajes, coches y galas que se vendían después en afrentoso montón, desfilaron ante el público de cocottes, lujosamente ataviadas, de parisienses y tipos exóticos. París se estremeció de júbilo: los toreros fueron obsequiados, llevados como bichos rarísimos, cual guacamayos o *lills*, a las casas de los personajes ójen los coches de las cocottes. Fundáronse periódicos taurinos y se vendieron por alto precio los cuadros toreros de Perea y Manuel Luque. Un *olé* inmenso resonó por todo París.

Sarah Bernarht, la famosa actriz, recordando a las emperatrices romanas, se agitaba nerviosa en el tendido, mirando con enloquecidos ojos a nuestros toreros; el hijo de la ilustre trágica pretendió bajar un día a la arena.

Claretic, el distinguido novelista y director de la Comedia francesa, se enorgullecía por entonces de ostentar sobre su mesa de trabajo un estoque de *Guerrita*, objeto más valioso para él que sus novelas todas. Lockroy, el exministro de Marina, mostrábase ufano de poseer la espada del *guasón de Cúchares*; las divisas con firmas ó garabatos de *Lagartijo* y Angel Pastor, cotizábanse cual autógrafos de Dumas ó de Víctor Hugo; algunos parisienses ilustres tenían a gala usar blasfemias españolas aprendidas de cualquier picador ó mozo de caballos; y las actrices de París asomaban sus espantados ojos bajo enormes y estrafalarios sombreros, bajo cascadas de flores y plumas, para admirar al serio Rafael, ó devorar *in mente* al perfumado Mazzantini.

Cierto día la feria de *chivos*, la mogiganga nacional, con muertes simuladas y asesinatos de guardarrópia, pareció recobrar algo de su primitiva grandeza... Angel Pastor, luego de *torcarse* de muleta a un jarameño, electrizando al público, paróse ante la fiera.

—¡Mátalo! ¡Mátalo!—gritó frenético el público. Constans, el ministro del Interior, que es más español que francés y adora los toros, ocupaba un palco; el prefecto de policía hallábase junto a la arena. El ministro, arrastrado por la fiebre delirante del espectáculo, no sabía qué decir; el prefecto parecía electrizado. Angel Pastor levantó cuatro veces el acero, tomó carrera entre los gritos del público feroz, que a toda costa pedía sangre y exterminio. Un agente de policía detuvo el brazo del matador, y el estoque falsificado con plumas y colorines hundíase poco después en el morrillo, causando la indignación del público. Otro día, por imposición de la muchedumbre, murió un caballo en las astas del toro, desmayándose algunas damas al ver tripas en la arena.

Hubo muchas corridas de entusiasmo y borrachera, con silbidos y aplausos, desmayos y protestas, quejas y escándalos, defensas y amores delirantes por nuestros toreros. El ridículo Sar Peladan, jefe de los *estetas*, bajó del empuje y escribió al arzobispo de París cierta famosa carta en que excomulgaba a los aficionados a toros. Por fin, el prefecto de policía, en nombre de una ley, la ley Gramont, que protege a los animales domésticos, prohibió los toros legítimos en la patria de los *cornudos*, que inmortalizó Moliere. Y entonces, poco a poco, vino la catástrofe. Los nobles españoles se cansaron de poner en ridículo a España: todo cansal París se aburrió de mogigangas taurinas.

A nuestros toreros artistas siguieron todos los granujas que tenían casa puesta en el café Imperial de Madrid: todo un tren de *maletas* se trasladó a la plaza de toros de París. El *Mona*, el *Ratón*, el *Ojales*, el *Pies de Liebre*, el *Pica*

Limas y el *Enaguítas*, todos cuantos *itos é itas* despanzurran novillos mogones, torcieron chivos y cabras y perros de presa en Francia.

Después vino, por fin, el derrumbamiento, la ruina, la *debacle*.

Tronó la empresa... El duque de Veragua, que se anunciaba en los carteles taurinos como vicepresidente del Senado español, el descendiente de Colón, se declaró en quiebra...

Mientras yo recordaba tanta y tanta vergüenza se ponía fin a la subasta. El comisario de las ventas, rodeado de unos cuantos emigrados republicanos, de varios picadores de toros, del *Botero* (como le llamaban los franceses), de esos empresarios y *chamarileros* que acuden como cuervos al olor de la carne muerta, vendía a toda prisa como sediento de dinero, el traje del *Veneno*, vaquero del duque de Veragua, por 14 francos; por 58 uno de torero y por 66 uno de alguacil. Salió a relucir después la geringa con que se cura bárbaramente a los caballos, un *calañé*, tres *castoreños*, un sombrero de copa gris, las llaves del toril, el famoso coche, que se vendió creo que por 1,000 pesetas... Hubo un detalle épico: un picador de toros regateó con encarnizamiento una pica, defendiéndola de franceses. ¡Salud al nuevo alcalde de Móstoles!

A las cinco de la tarde, el entierro de nuestra fiesta había terminado: bajo la cúpula de cristales reinaban el silencio y las sombras; algunos merodeadores registraban en los rincones del Circo los cadáveres de la batalla... Unos trapos viejos tirados en el suelo y una espada de latón, daban fé de que allí se habían celebrado fiestas de toros, gastado muchos millones y arruinado, dose nuestra nobleza. Aquel día fué la venta de España, de la única España que conocen y admiran en el extranjero.

RODRIGO SORIANO.

De actualidad

DE LA PENÍNSULA

En la sesión del Congreso el marqués de Villaviciosa explana una interpelación contra las reformas de enseñanza.

Combate el cuestionario único, y dice el ministro ha cometido trasgresiones de ley y abusos de autoridad.

A ruegos de Villaverde suspende el discurso. Alix quiere contestar y el presidente concede la palabra.

Protestas, rumores y campanillazos. Alix dice que solo contestará algunos puntos de la interpelación.

Otros están discutiéndose en el Senado. Nuevas protestas, rumores a campanillazos. Villaverde dice:

—Señor ministro, su señoría contestará oportunamente a todos los puntos de la interpelación. (Rumores de aprobación.)

Siéntase Alix contrariado. El incidente ha sido comentadísimo.

En el debate político Castellanos reanuda su discurso y combate el decreto sobre Diputaciones como atentatorio a la Constitución.

Debe derogarse. Respecto de la boda, el Gobierno debe presentar el Mensaje a tiempo de que se pueda discutir y votar.

La crisis representa el fracaso de la unión conservadora, tan señalado como el último que sufrió Silvela al dejar en manos de Azcárraga.

Del acuerdo de los tetuanistas dice que independientes pero disueltos y anticuados los partidos turnantes, se unirá a las fuerzas conocidas para la solución de los problemas pendientes.

Contesta Azcárraga brevemente defendiendo la suspensión de las garantías.

Niega el fracaso de Silvela y encomia la necesidad de los grandes partidos.

Incita a los tetuanistas a reunirse con la unión conservadora.

Rectifican y Gamazo queda en el uso de la palabra.

Levántase la sesión.

El lunes se reunirán los jefes para acordar medidas extremas si no se les atiende.

Lo comunicaron a Azcárraga y Villaverde, y pidieron apoyo a Maura y otros.

Los trañeros también hablaron con Villaverde, Azcárraga y Maura.

Besada conferenció nuevamente con Villaverde sobre el voto particular a los presupuestos.

No hubo avenencia, pues Besada muéstrase intransigente.

Montero Ríos informó en el Senado contra el crédito agrícola.

Coméntase el discurso de Gamazo pronunciado a última hora en el Congreso, felicitándole los conservadores por la declaración de que estas Cortes no han terminado su misión.

En cambio los liberales censúranle.

La comisión de presupuestos tuvo reunión accidentada, y levantóse la sesión sin tomar acuerdos.

En las cercanías de Villadrán (Barcelona) han sido encontrados 45 remington y 116 bayonetas, y en una alcantarilla de la carretera diez mil cartuchos.

La comisión de presupuestos del Congreso aprobó los créditos extraordinarios y suplementos de crédito.

Se ha comentado la conferencia de Gamazo y Maura con Ugarte.

Los interesados nieganle importancia.

Afirma *El Heraldó* que están rotas en definitiva las relaciones de Silvela y los hermanos Pidal.

El Imparcial concede importancia a la noticia de la ruptura de relaciones entre Portugal y Holanda.

Cree que la actitud de Portugal responde al mandato de Inglaterra, en venganza de las simpatías expresadas por la reina Guillermina a Krüger.

Vislúmbrese un conflicto de inmenso alcance.

El Gobierno gestionará con las minorías que se aumenten las horas de sesión, con objeto de aprobar los proyectos pendientes antes de las vacaciones.

Procurará acelerar el debate político.

En Barcelona ha sido preso el cabecilla Casalt, que mandaba la partida de Berga.

DEL EXTRANJERO

En Lisboa se ha celebrado en palacio un banquete en honor del almirante inglés.

En su discurso el rey dijo, recordando la antigua alianza anglo-lusitana, que el pasado era garantía del porvenir para la leal cooperación de ambas naciones.

Considérase la alianza oficialmente proclamada.

Una patrulla inglesa encontró a las avanzadas de Dewet en las cercanías de Aliwalnorth.

El rápido movimiento de las fuerzas boers atribúyese al propósito de cortar las comunicaciones de los ingleses.

En el Haya verificáronse los festejos en honor de Krüger.

Recibió a éste la reina Guillermina.

En Bloenfontein 500 boers, al mando de Delarey, atacaron un convoy inglés, tomando posiciones.

Los ingleses tuvieron 15 muertos y 23 heridos.

Al Haya llegó Krüger haciéndosele recepción entusiasta.

En el hotel visitáronle los ministros.

A la estación acudieron el burgomaestre, las autoridades, comisiones de las Cámaras y muchedumbre.

En las calles oyéronse multitud de himnos patrióticos.

El cantar de los cantares

Había nacido en el barrio de Albaicín de Granada. Cuando niña andaba como un marimacho por aquellas calles tortuosas y sucias, descalzos los pies, mal cuidados los cabellos y mostrando en su semblante ennegrecido unos ojos muy negros, muy grandes y muy expresivos.

La pícara de la muchacha cantaba como los mismos ángeles, según afirmaban los aficionados, y con este motivo no había *juerga de señoritas* ni corrillo alegre a la cual no asistiera *Ritilla* como elemento principalísimo de alegría.

Poco a poco la niña de los cantares llegó a moza, y como es lógico, con la mocedad llegó el natural instinto de cuidar su persona, y la *cantaora* aprisionó sus pies con zapatos de charol, arregló sus cabellos coronándolos de flores y subió a sus mejillas, limpias y tersas, toda su sangre de virgen.

Desde la calle ascendió al café en donde lucía sus dotes excepcionales de artista.

Inútil me parece decir que aquella casta diva del *cante gitano* fué motivo de codicia de las gentes acomodadas y de los *matones* de oficio; pero también es cierto que ni a pobres ni a ricos entregó el tesoro de su castidad.

Únicamente cuando cantaba, entornando los ojos y palpitante el seno, aquella de

Fragua, yunque y martillo rompen metales, los juramentos que de amor te he hecho no los rompe nadie,

entonces era cuando abría de par en par los ojos para clavarlos en el rostro de un mozo, un niño que, casi llorando de rabia y riendo de satisfacción, orgulloso por el cantar y *acharao* por la ovación, se ponía encendido como una amapola.

Sucedió lo que suele acontecer muchas veces.

El amor puro, el amor de la primera edad,

ingénuo y apasionado, cercó a aquellos dos corazones, y ambos cometieron una de esas faltas que el amor aconseja y la mocedad disculpa.

La historia de todos los días; el drama eterno. Un amante que promete, una mujer que cede, luego reconciliaciones y lágrimas, y, por último, olvido eterno.

Rita la cantaora fué desgraciada algunos meses, hasta que la ausencia le devolvió la calma, y con piropos y obsequios de nuevos adoradores entendió que tenía derecho a vivir y a gozar de la vida alegre y de la juventud espléndida.

Uno de los innumerables extranjeros que van a Granada a visitar la Alhambra y la Cartuja, vió a Rita en el café cantante, y sin duda alguna pensó en entretener su *spleen*, encontrando alicientes para él desconocidos en el amor de la gitana.

Las proposiciones del extranjero no cayeron en saco roto, y Rita se despidió del café diciendo que se marchaba con un *franchute* a ver tierras, a tener buena ropa y a comer cosas buenas.

Dejó a Andalucía y se instaló en Madrid por poco tiempo.

Las mejores modistas confeccionaron para ella ricos trajes; el *franchute* adquirió en las joyerías valiosos objetos, y en poco tiempo Rita fué relativamente elegante y alternó con las mujeres del gran mundo.

Las mujeres, aun cuando sean de humildísima condición, tienen el instinto de adaptarse al lujo y al fausto, y en pocos meses *Nini*, que éste era el nombre de que más gustaba el rico extranjero, aprendió tan bien su papel, que parecía que toda su vida había pisado alfombras.

De Madrid fué a Roma, y allí se instaló en un *villino* de los más elegantes y confortables.

Al poco tiempo llamó la atención en el *Corso* y fué la codicia de toda la gente rica y galante de la ciudad eterna.

Su historia fué la historia de todas las mujeres del mundo.

Invernaba en Suiza, jugaba en Mónaco, pasaba algunas temporadas en París y algunos meses en Roma, sobre todo en la época de carreras, donde a veces ganaba una fortuna en la *Campanella*.

Por su gabinete de confianza pasaron generaciones de duques y príncipes, de potentados y banqueros, y cada uno de ellos dejó, con el testimonio de su amor, joyas y billetes de Banco.

III

Nini, casi en la plenitud de su vida, contrajo una de esas enfermedades terribles que no tienen otro remedio que el de la muerte.

Los mejores doctores, los especialistas más eminentes, inútilmente intentaron devolverle una salud que había desaparecido para siempre, y la gitana, a semejanza de *Violeta*, hubiera podido cantar aquello de *¡Dios mio, morir tan joven!*

Una tarde, sentada a la ventana de su hotel de la Via Pairoli, contemplaba las tristes campiñas romanas y el cielo azul y diáfano que reflejaba su luz espléndida sobre las siete colinas.

Llamó a su doncella y le dijo tristemente:

—Tráeme todas mis joyas; quiero ponerme las, quiero que me entierren con ellas.

—Señora... —dijo aquella joven, como queriendo decirle alguna palabra de consuelo.

—Es inútil; voy a morir y quiero llevar a la sepultura todas mis joyas; únicamente la muerte es mi heredera. Obedéceme y tráelas [todas] [todas].

La faz morena de la gitana habíase tornado pálida como la de un cadáver y sus ojos, abriantados por la calentura, miraban a todas partes con extraña rapidez.

La doncella trajo todas las joyas.

Colocó sobre la frente sudosa de la moribunda una diadema de valiosos brillantes y rubíes, adornó la cabellera destrozada y lacia con flores y pájaros de riquísimas piedras.

Petos de brillantes, pulseras de inestimable valor, sortijas de rubíes, esmeraldas, perlas y zafiros, una fortuna, colocó en el cuerpo de aquella desdichada mujer que moría.

—¿No hay nada más? —preguntó.

—Nada más —dijo la doncella.

Y fijándose en el fondo del cajón:

—Esto —dijo— es lo único que queda, y sacó un collar de cuentas de cristal.

Nini dió un grito de alegría, tomó el collar en las convulsas manos y comenzó a besarlo como si fuera una reliquia.

Aquel fué el primer regalo que recibió la gitana de manos de su primer amante la noche aquella que por vez primera entregó las primicias de su felicidad.

Aquel collar de cuentas era su juventud; era la historia de su único amor, era el emblema de una felicidad que jamás tornaría.

—Quítame todas las joyas que me has puesto, y para tí todas. Ponme este collar y no me lo quites nunca.

La doncella, sin comprender de lo que se trataba, obedeció a su dueña y puso en la garganta de la moribunda el collar.

—Vete y déjame sola —dijo Nini— y tocando con las manos descarnadas el collar, reía con la risa ingénuo de la juventud.

—Me ahogo —decía— este collar es la argolla que me ha de ahorcar; y a veces entornaba sus ojos, y en el fondo de la habitación veía el tablado del café cantante, escuchaba las *palmas* y los *olé*s de sus compañeros de oficio, y allí, en un rincón del café, veía el rostro de aquel mozo, casi un niño, que la miraba con ojos de infinito amor.

Recordó sus cantares, y la famosa *cortésana*, bajo, muy bajo, cantó uno de aquellos que tanto le aplaudían:

«Si no me vengo en vida, me vengaré en muerte.